

RESEÑA

El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual

de Jaques Ranciere*

Jerónimo Ruiz¹

Sobre el Autor:

Nacido en 1940 en Argelia. Actualmente profesor emérito de la Universidad de París (St. Denis). Ranciere se dio a conocer bajo la tutela de Louis Althusser, de quien se distancia luego del Mayo Francés. Sus escritos han circulado por temas referidos a la lucha de clases, y la igualdad social. Sobre esta temática se destaca su participación en proyecto colectivo del libro "Para leer el capital" (1965), y "El maestro ignorante. Cinco lecciones para la emancipación intelectual" (1987). Luego sobre temas de estética general se destaca "El futuro de la imagen" (2007) y "El espectador emancipado" (2010).

Objetivo general del libro:

El maestro ignorante es una reflexión acerca de la pedagogía, la educación, y las múltiples vinculaciones entre saber, poder, e inequidad social; en una estrecha relación a la obra de Joseph Jacotot, revolucionario, pedagogo, y filósofo francés de principios del siglo XIX. Jacotot desarrolló en su época lo que él denominó como Educación Universal. Básicamente consistía en emancipar al hombre de su dependencia a un saber hegemónico y legitimado, para reconocerse como un sujeto con una inteligencia igual a la de los demás y dueño de su voluntad de conocimiento. Esto le permitiría aprender, o en su caso enseñar, aquello que ignora.

Ranciere comienza ilustrando el contexto histórico en el que se inscribe Jacotot: una Francia posterior a la revolución en la que se instaura un plan sistemático de control social basado en el orden y el progreso. Para el autor, el mecanismo por excelencia que permite el desarrollo eficiente de dicho plan, es la institución pedagógica. Allí los "sabios" ejercen, de manera legítima, su autoridad sobre los "ignorantes"; y se formulan prácticas concretas para impartir el conocimiento de manera gradual, de modo que aquellos que no lo poseen puedan acortar, a su tiempo, la brecha que los separa de los instruidos.

En medio de este proceso de transformación, Ranciere cuestiona el sistema educativo y observa como su iniciativa de promoción de la igualdad y democratización del saber, es en realidad un falso espíritu de integración, en definitiva un claro ejemplo de control social: (...) *la distancia que la Escuela y la sociedad pedagogizada pretenden reducir es la misma de la cual viven y, por lo tanto, reproducen sin cesar. Quien plantea la igualdad como objetivo a alcanzar a partir de la situación no igualitaria la aplaza de hecho al infi-*

nito. *La igualdad nunca viene después, como un resultado a alcanzar. Debe ubicársela antes.*"²

En este sentido Ranciere habla de una *sociedad-escuela* para referirse a un gobierno formado por élites (los mejores de la clase) y un pueblo (los que tienen problemas de aprendizaje) que siempre queda mal posicionado en esta manera de repartir el poder. En oposición a este punto de vista, Ranciere apela a la experiencia de Jacotot, para afirmar que instruir no significa transmitir un conocimiento adecuado de la mejor manera posible a alguien que no lo posee (el ignorante, el diferente, el retrasado); sino trabajar para que el sujeto no desconozca ni niegue su propia voluntad de conocimiento, y su lugar de igualdad ante el maestro. Pero esto no se consigue con solo enunciar esa situación, la misma debe ser verificada constantemente tanto por el maestro como por el alumno.

Capítulo primero:

Ranciere se pregunta ¿hasta qué punto es útil la explicación del maestro? Una primera respuesta a esta pregunta la encuentra en un ejemplo particular: el aprendizaje de la lengua materna. Nadie explica cómo hacerlo, no hay metodologías ni sistemas, sin embargo cada niño, en la medida de sus posibilidades, aprende a hablar en la lengua del contexto en el que crece. Una segunda respuesta la da gracias a una experiencia de Joseph Jacotot: sin saber él hablar el idioma holandés, y ante un grupo de alumnos holandeses que ignoraban el francés, consiguió gracias a una edición bilingüe del libro *Telémaco*, que sus alumnos hablen y escriban en lengua francesa. No hubo una explicación rudimental de la ortografía o de las conjugaciones, sino una concienzuda observación de las palabras y su traducción, y una insistente repetición en la lectura, para luego encontrar las correspondencias y armar frases en francés.

¿Por qué no apelar al "tipo" de inteligencia con la que se aprende a hablar la lengua materna para aprender otras cosas? ¿Por qué existe una institución y un maestro que definen qué y cómo explicar mejor? Estas preguntas que organizan el capítulo ponen en evidencia una relación de dependencia unilateral entre maestro y alumno: *"Es el explicador el que necesita del incapaz y no a la inversa"*³. Al mismo tiempo se relativiza la mirada tradicional sobre el aprendizaje, que insiste en explicar cada vez mejor y apelar a nuevos ejemplos para que el alumno comprenda lo aprendido: esto será para Jacotot el embrutecimiento. Es solo bajo el signo de la igualdad que puede haber apren-

* Ranciere Jaques: *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Libros del Zorzal. Buenos Aires. 2007.

¹ Es Licenciado en Teatro. Actor y docente. Ayudante graduado de Expresión Corporal III en la Facultad de Arte (UNCPBA). Jeronimolucas@gmail.com



El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual

dizaje, insiste Jacotot. Afianzarse en el diálogo de igual a igual entre maestro y alumno, borrando esas fronteras definidas. En esta situación ideal el maestro se convierte en “emancipador” del alumno, y los métodos de aprendizaje no le corresponden al maestro sino a quien aprende. Es por este motivo, porque el conocimiento no es un conjunto de contenidos a transmitir al alumno, sino más bien una actitud ante el conocimiento; que la igualdad ente maestro y alumno se promueve solo cuando existe una voluntad por aprender.

Capítulo segundo:

Ranciere sigue el desarrollo de la experiencia de Jacotot con sus alumnos y su Telémaco, y observa ciertos criterios metodológicos de esa emancipación, de ese método sin método. Jacotot pedía a sus alumnos que hablasen de todo lo que haya en Telémaco: la forma de las letras, las imágenes, sus razonamientos, los juicios morales de los personajes en la historia, etc.; la única condición para ello era poder ejemplificarlo en el libro. De esta manera el ejemplar de Telémaco se convirtió en un límite que al mismo tiempo otorgó libertad: “(...) diga lo que ve, piensa y hace (...) deberá mostrar en el libro los hechos a los que refiere su razonamiento.”²

El libro es una fuga con puntos de anclaje; es la materialidad a la que recurrir para poder verificar el extenso y variable camino de preguntas que el maestro “emancipador” le propone al alumno (¿qué ve, qué piensa, qué hace?). Ese recorrido ya no pertenece a un saber secreto de maestro “explicador”, ahora es territorio del alumno y su voluntad de aprender. El maestro ya no pregunta para verificar un saber determinado, sino para confirmar que se sigue buscando. Telémaco, dice Ranciere, es un pretexto. Puede ser eso o cualquier otra cosa, siempre hay algo que el alumno sabe de memoria y que sirve como término de comparación y relación con una cosa nueva a conocer.

Otro elemento recurrente de la Enseñanza Universal, como la llamo Jacotot, es la improvisación. Aprender a hablar de cualquier tema tratando de mantener una estructura coherente de desarrollo y cierre. Esto implica más que nada aprender a vencerse y darse lugar para exponerse al juicio del otro.

Capítulo tercero:

En este capítulo Ranciere retoma la idea de la voluntad de conocimiento, colocándola como la base para el desarrollo de la inteligencia, y trae la voz de Jacotot para decir que el hombre es una inteligencia puesta al servicio de una voluntad, una afirmación claramente materialista y polémica para la época de Jacotot. “La inteligencia es atención y búsqueda antes que ser combinación de ideas”³. Se posiciona a la voluntad del pensamiento por encima del sistema simbólico de lenguaje e ideas mediante el que dicha voluntad se expresa. De modo que el sistema es arbitrario, secundario al pensamiento y al desarrollo de la inteligencia, y quienes lo ponen por delante, como preexistente al pensamiento, solo afirman los valores hegemónicos de una sociedad. “El hombre no piensa porque habla (...) piensa porque existe”⁴.

Capítulo cuarto:

Ranciere reflexiona acerca de cómo esta concepción del saber asociado a la voluntad, en donde el conocimiento es más que un conjunto de contenidos trasmisibles, y el rol del maestro es relativizado; colisiona contra una sociedad que fomenta la pereza de pensamiento y la desestimación del propio sujeto en tanto susceptible de ejercer su propia voluntad de saber. En esa pereza, dice, hay menos deseo de sustraerse del esfuerzo, que temor por exponer las propias ideas ante el juicio de los demás; y afirma que, en este caso, la voluntad se encuentra pervertida, apasionada por el desprecio y la desigualdad: “Y todavía hoy, ¿qué otra cosa permite que el pensador desprecie la inteligencia del obrero, sino el desprecio del obrero por el campesino, el del campesino por su mujer, el de su mujer por la del vecino, y así, al infinito? (...) ..sometidos a la ley de la masa por la pretensión misma de distinguirse de ella.”⁵

A lo largo del capítulo se profundiza sobre las acciones de una sociedad, que, apasionada por la desigualdad, se sirve de su afirmación para perpetuar el dominio de los “superiores” sobre los “inferiores”. Ya sea en cuestiones de raza, género, o partidismo político; la desigualdad se negocia y se disfraza de manera razonable: se obedece a cambio de algo, se asume un deber a cambio de un derecho. Y este sistema de inequidades se traslada desde el ejercicio del gobierno, hasta las más diversas prácticas sociales. Ranciere menciona en este sentido, cómo el estado legitima la violencia para contrarrestar otra violencia (ilegítima ésta por ser distinta), y que “(...) siempre se ha encontrado el medio de impartir justicia por la fuerza, pero no se está cerca de darle fuerza a la justicia.”⁶

Capítulo quinto:

Para Ranciere la tarea del emancipador no consiste en hacer sabios. El emancipador se afirma en saber que todas las inteligencias son iguales, por lo tanto confrontará a aquellas personas que se consideran de una inteligencia inferior; inferior no por saberse ignorantes, sino por despreciarse a sí mismos y despreciar su propia voluntad de conocimiento.

Si se hace tanto hincapié en el lugar de igualdad entre maestro y alumno, es porque este tipo enseñanza no puede formar parte de planes políticos de reforma progresista, no soporta banderas partidarias, ni resiste la pregnancia de las instituciones; solo un hombre puede emancipar a otro hombre, dice Ranciere. Esta frase es, por un lado, una evidente renuncia al orden social institucionalizado; y por el otro una propuesta de educación dirigida al individuo, no a la sociedad. Es un claro posicionamiento ético y formal: un gobierno no puede ofrecerle nada a quien se considera capaz de tomar por sí mismo lo que quiere y necesita.

Evidentemente es un modelo educacional que no se ha incorporado más que de una manera aislada, pero, como afirma Ranciere, la Educación Universal jamás podrá perderse ya que es el método natural de la mente humana, y de todo individuo que se plantea encontrar respuestas por su cuenta.

² Ídem, pág. 9

³ Ídem, pág. 21

⁴ Ídem, pág. 36.

⁵ Ídem, pág. 75.

⁶ Ídem, pág. 85.

⁷ Ídem, pág. 113.

⁸ Ídem, pág. 118.

